

EDUARDO ANGUIITA

Un premio para celebrar

□ El Premio Nacional de Literatura 1988 honra a uno de los más notables poetas del siglo veinte chileno.

□ El amor humano, la dramática de la existencia y el rescate de un tiempo metafísico caracterizan su intensa obra.

"Soy el cuarto elemento de la resurrección/ si me echan un poco de agua canto al mediodía.../ Soy fino como el Papa/ cuando en su capilla privada", autodefiniciones, cargadas casi de humor lírico, del circunspecto Eduardo Anguita, siempre sorpresivo y genial en su obra poética y, ahora, meritariamente distinguido con el Premio Nacional de Literatura. Reconocimiento al trabajo incansable y denso de uno de los autores más notables de la poesía chilena del siglo veinte.

Eduardo Anguita (1914), desde muy joven encontró en la poesía su vocación y su destino. Resuelto estudiante de derecho, que no pasaba aún de los veintidós años de edad, y ya era un lúcido teorizador metafísico. Y, sobre todo, un visionario autólogo de la poesía chilena. Por ese entonces —1935— era impresionantemente flaco (dice un cronista de la época), el adjetivo "delgado" lo engordaría, muy pálido además, y seminado en una nariz que pugna por adelantarse.

La impresión que me produjo al conocerlo — cuenta Enrique Bunster — fue que era de una extrema debilidad física; pero vi que estaba equivocado cuando escuché su primera carcajada. A nadie he oído reír con igual potencia, sonoridad y salvaje alegría. Su retrato no ha variado mucho desde aquella tercera estampa del cronista.

Acaso silencioso y retraído, mirando con agudeza una obra suya desde todos los ámbitos brillante. El tiempo, la vida y la muerte, el amor bondanamente crítico, lo teológico, las interrogaciones eternas del hombre, toda una filosofía de la existencia pasa y está en su poesía. Poesía que nunca ha tenido el carácter de coloquial o cotidiana, porque el mismo considera que lo coloquial "es una imbecilidad vestida de fetoso".

Aunque ha escrito ensayos — *Rimbaud pecador*, 1963; *La belleza del pensar*, 1988 — y algunos relatos — *Inseguridad del hombre*, 1950 —, Eduardo Anguita es tan poeta en estas obras como en sus obras poéticas mismas: sagaz, reflexivo, contradictorio, inteligente, ingenioso y rotundo de armonía verbal. Bellamente íntimo y delirante. A los veinte años publica *Tadústo sus fos* (1934), un primer libro que de veras es un tránsito de la fantasía al sueño, y

que no oculta las atmósferas de un Vicente Huidobro, su discípulo y amigo. A pesar de su juventud, el intelecto parecía golpear más que su corazón, racionalmente.

Por esos años, y de seguro en todo su tránsito poético, su norma y conducta era la siguiente: "La poesía de hoy es de conocimiento, esa es su cualidad específica. Nuestro cerebrismo, como llaman ciertos críticos a nuestra característica superior (como si se pudiera hacer poesía con los pies), es nuestra conquista en el arte, y le da una calidad tanto más humana cuanto que la inteligencia comanda el ser, lo representa íntegramente, y lo estrecha a menudo con su intensidad de largos fuegos".

El poeta que con argumentos, y no irreverencia, refutaba a un Ortega y Gasset — "la deshumanización del arte es una mala comprensión de él y, además, una incertidumbre materialmente imposible" —, publicaba, para escándalo de otros, un libro cuyo título era a toda portada su propio

nombre: *Anguita* (1951). Un desafío más que una vanidad, una ardiente pasión intelectual, la revelación de su mundo poético sin perdonarse nada: su Góngora, su Quevedo, su Rilke; la palabra en su imagen y en iluminación.

El trabajo poético de Anguita se revela a través de poemas de largo aliento. Así ocurre, por ejemplo, con *Venus en el pudridero* (1967), uno de sus libros muy principales, donde el tema del amor y de lo humano, de la belleza y de la vida espiritual logran su plenitud y su gozo: "Yo sé: Venimos de la Palabra; nuestro destino es regresar. / El canto creó al pájaro y no el pájaro al canto". La obra de este autor no es extrema, sino más bien decantada de atarantamiento. Su *Venus...* le llevó años de trabajo. Comenzado el poema en Ciudad de México, en 1956, sólo vino a concluirse tiempo después — el tiempo fermental — en Santiago de Chile. Así, la poesía de Anguita se hace vitalmente dramática y rigurosa de lenguaje.

El Premio Nacional de Literatura 1988 viene a hacer justicia a la obra singularísima de un Eduardo Anguita; merecidísimo a página cabal, y honra para la poesía de Chile, con tan altas cumbres literarias. Y, sobre todo, distingue la vida de un autor para quien la poesía "no puede ser considerada como un entretenimiento más o menos útil al espíritu. Para el poeta, ella es elemental, como cualquiera de sus funciones orgánicas: es un reclamo del ser, que pide ser representado dentro del cosmos, y en este sentido, la poesía responde lisa y llanamente al instinto de conservación del individuo".

Jaime Quezada



Eduardo Anguita, impresionante — mente flaco, por la época en que escribió "Venus en el pudridero", su libro fundamental.

AUTORÍA

Quezada, Jaime, 1942-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un premio para celebrar [artículo] Jaime Quezada. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile